

con aquellas cláusulas, á las cuales se hubiera opuesto Danton, si no hubiese estado ausente, porque Danton y ellos debian ser condenados por el tribunal.

Votaron contra aquella organizacion; pero la mayoría ganó.

—Es una inquisicion, exclamó Vergniaud; pero una inquisicion peor que la de Venecia.

Y se lanzó fuera de la Convencion seguido por sus amigos, los que por primera vez entreveian el profundo abismo hácia el cual les impulsaban.

Hemos visto cómo salió de la sala y cómo se retiró á su casa. Louvet, á quien habia llevado la noticia en casa de Roland, por un momento se acordó de su esposa, pero la severa esposa de Roland, inspirada por el deber, le dijo: «No te preocupes, tu esposa está bien, y tú debes preocuparte de tu deber».

XXXI.

Lodoiska.

Louvet, al que hemos visto elevado por sus amigos imprudentemente, vivia en la calle de San Honorato, á corta distancia del club de los jacobinos.

Su atrevimiento en acusar al hombre popular por excelencia, al huésped del carpintero Duplay, al incorruptible Robespierre, como le llamaban, le habia granjeado el odio del pueblo y sabia que en un levantamiento seria la primera víctima. De modo que, de antemano, vivia como un proscrito.

No salia sino para ir á la Convencion, y armado con un puñal y dos pistolas. Por la noche pedia asilo á algun amigo, y no volvia á su casa sino furtivamente para visitar á la joven y hermosa criatura que se habia consagrado á él.

Aquella mujer, cuya vista inquieta espiaba sin cesar, oyó pasar con vociferaciones y cantos patrióticos á la diputacion que se dirigia á los jacobinos; en medio de los gritos escuchó las palabras ¡muerte á los girondinos! y fuera preocupacion, fuera realidad, le pareció que decian: ¡muera Louvet!

Entonces bajó, se mezcló á los grupos, penetró con ellos en la sala, subió á las tribunas para disimular, y allí escuchó la propuesta de *asesinar á los traidores, á los ministros pérfidos y á los representantes infieles.*

No dudó ya: lo que pedia aquella voz era la muerte de su amante y de todo el partido, del que era uno de los jefes.

Hemos visto cómo salió de la sala y encontró á Danton á la puerta, y cómo ignorando lo que allí le conducía precipitó su fuga.

¿A dónde iba? Ni ella misma lo sabia: ese dia no tenia cita con Louvet. ¿A dónde llevaria la noticia? En casa de Roland, porque era el alma de la Gironda. Pero la severa esposa de Roland, inspiradora de su marido, ¿consentiria, aunque fuera por un peligro mortal, recibir en su casa á la querida del autor de *Foblás*? No.

¿En casa de Vergniaud? Jamás estaba en ella.

Los hombres de la revolucion, sabiendo que les quedaba poco tiempo que vivir, trataban de que el amor les hiciera la existencia doble. Vergniaud no estaria en su casa; estaria con la señorita Candelle, la encantadora actriz, quien no permitiria saliera su amante, temiendo le sucediera alguna desgracia.

¿En busca de Kervélagan? Sin duda estaria en el arrabal San Marcelo, en medio de los confederados bretones, si aun permanecia en Paris.

¿Y no era consumir la pérdida de los girondinos haciéndoles buscar un refugio en las filas bretonas en el momento que Bretaña se sublevaba?

En el instante en que Lodoiska se detenia en la esquina de la calle del Arbol Seco y vacilaba entre continuar su camino ó atravesar el puente Nuevo, vió pasar á su lado á un hombre que le pareció no le era desconocido.

Caminaba tranquilo y con la indiferencia propia de un hombre que desconoce el peligro ó le desprecia.

Se dirigió hácia él.

—Ciudadano, le dijo, soy Lodoiska, la querida de Louvet: creo reconocer en vos á un girondino, ó por lo ménos á un amigo de la Gironda.

El interpelado la saludó respetuosamente.

—No os equivocais, la dijo; sin participar por completo de sus opiniones, participaré probablemente de su suerte. Lanzado en Paris por un inmenso amor y un odio inextinguible, me he sentado en el banco de vuestros amigos, esperando haria la guerra á la nobleza

y á sus privilegios, de los que he sido víctima; pero me he equivocado. Sin duda la república es muy fuerte, puesto que se dividen sus hijos, y que solo escucho recriminaciones de partido, acusaciones de traicion ó de debilidad. Podeis fiar en mí: mi nombre es Jacobo Meréy.

Lodoiska habia oido pronunciar aquel nombre como el de un médico sábio, humanitario y fiel á la causa de la república.

Se asió de su brazo.

—Ayudadme á salvarlos y á salvaros.

Jacobo Meréy sacudió la cabeza.

—Creo que estamos perdidos; poco me importa: yo no deseaba la vida sino por mi amor; á vos, que vivís solo por el vuestro, puedo deciros esto; de todos modos estoy á vuestra disposicion si puedo seros útil en algo.

—¿Pero no sabeis lo que pasa?

—¡Oh! Sí, salgo ahora de la Convencion y estoy al corriente de todo.

—Pero no salís como yo de los jacobinos. No sabeis que la seccion de las Cuatro Naciones y los voluntarios del mercado, en número de mil, han venido con cantos frenéticos y gritos feroces pidiendo la muerte de los girondinos. ¡Mirad, añadió mostrándole una multitud de hombres del pueblo que adelantaba por la calle de San Honorato armados la mayor parte con sables y picas, mirad los verdugos!

Efectivamente, al pasar aquellos hombres por delante de Lodoiska y de Jacobo Meréy dejaron escapar imprecaciones de cólera y amenazas de muerte.

—Vamos en casa de Pethion, dijo Jacobo; allí es en donde se han citado todos nuestros amigos.

Pethion vivia en la calle de Montorgueil. Meréy y Lodoiska atravesaron el mercado central en medio de los gritos y del alboroto. Las mujeres, que creian los alistamientos voluntarios necesarios solo por la traicion del ministro Beurnonville, del general en jefe Dumuriez y de los girondinos, estaban armadas con cuchillos, y sin nombrar á nadie pedian la muerte de los traidores.

Algunos tenían picas y pedían marchar contra la Convencion.

—¡Ah! murmuraba Lodoiska: cuando se reflexiona que esos reproches se dirigen contra los hombres de la revolucion, los del 20 de Junio, los del 10 de Agosto y los del 21 de Setiembre, ¿no es bastante para desanimar á los mártires del pueblo á que mueran por él?

Atravesaron los mercados, en donde sobre las mesas manchadas de vino se veían aun las copas, y llegaron á casa de Pethion.

Allí estaba reunido todo el partido de la Gironda, pues antes de separarse en la Convencion se habían dado la consigna.

Al entrar en la sala vió Lodoiska á Louvet, corrió hácia él y le abrazó, exclamando:

—Te he encontrado; ya no te dejo.

Y llevando á su amado á un extremo de la sala dejó á Jacobo Meroy que explicara lo que sucedía.

El doctor refirió todo, ménos su conversacion con Danton, y añadió su encuentro con Lodoiska.

Entonces decidió la mayoría de los girondinos que era inútil desafiar á la muerte en la Convencion.

Una sesion nocturna era aun más peligrosa en aquellas circunstancias que una de dia, y se ha visto cuán tumultuosas eran.

Cada cual pensó en el asilo en donde podría pasar la noche.

Vergniaud y Jacobo Meroy declararon que nada les impediría asistir á la Convencion. Pethion, en lugar de buscar fuera un albergue, despues de escuchar á Lodoiska y á Louvet, fué á la ventana, la abrió, extendió la mano y dijo:

—Está lloviendo; no habrá nada.

Y á pesar de todos los ruegos rehusó salir de su casa.

Jacobo Meroy, que era ménos conocido y más popular, porque había sido portador de la noticia de la batalla de Valmy y la de Jemmapes, ofreció su habitacion á Louvet y á Lodoiska, seguro de que su alojamiento, en donde no recibía cartas ni visitas, era desconocido para los asesinos.

Cuando los dejó instalados se fué directamente á la Convencion, en donde encontró á Vergniaud sentado en su banco.

Aquel grupo que habían encontrado Lodoiska y Jacobo, aquella

multitud que avanzaba lanzando insultos y amenazas á los girondinos, se dirigía á la imprenta de Gorsas, redactor principal de *La Crónica de Paris*.

Este periódico había anunciado que Lieja no había sido tomada por los austriacos, casi en el instante en que los lijenses fugitivos y proscritos se esparcían por las calles de Paris, aumentando con su presencia el odio contra los girondinos.

Los alborotadores rompieron las hojas, destrozaron las prensas, arrojaron los caracteres y saquearon los talleres.

Gorsas, con una pistola en cada mano, pasó sin ser conocido por en medio de los asesinos que pedían su cabeza, enarbolando sus pistolas y gritando:

—¡Muera Gorsas!

A la puertá se encontró con una oleada de pueblo tan fuerte que temió le conocieran los impresores de otra imprenta; entró en un patio por una puerta entreabierta, la cual cerró detrás de él. Despues saltó la tapia y fué directo á la seccion de la cual era miembro.

Resolvieron ir á quejarse á la Convencion. Interin, los alborotadores decidieron hacer otro tanto en casa de Fievé, que publicaba un periódico girondino, como Gorsas.

Allí todo lo quemaron, lo saquearon, lo arrojaron á la calle.

No contaba limitarse á esto la columna devastadora. Se dirigió á la Convencion para pedir la muerte de los trescientos diputados.

Pero al mismo tiempo que entraban los amotinados por un lado, Gorsas lo verificaba por otro, acompañado por su seccion, como acusadores.

Gorsas, con sus dos pistolas en la mano, se lanzó á la tribuna.

Doblemente inviolable como periodista y como miembro de la Convencion, se presentaba á pedir justicia contra los que habían hecho pedazos sus prensas.

Los sublevados se detuvieron asombrados; iban como acusadores de los girondinos y les acusaban á ellos por asesinos, ladrones pillos.

Un diputado subió á la tribuna; era Barrere.

Se volvió á los alborotadores.

—No sé, dijo, lo que venís á buscar aquí; solo sé que se ha hablado esta noche de cortar algunas cabezas de los diputados. Ciudadanos, añadió extendiendo la mano en actitud amenazadora; os prevengo que están seguras; no solo las cabezas de los diputados descansan sobre sus hombros, sino sobre todos los departamentos de Francia, de la república. ¿Quién se atrevería á decapitar un departamento francés? El día en que tal crimen se cometiera, se disolvería la república. Marchad, malos ciudadanos, continuó, y no volvais jamás con esas intenciones.

Los revoltosos deliberaron un momento; despues, uno de sus jefes se adelantó y aseguró su abnegacion á la república y la de sus hombres, y pidió los dejaran desfilas ante los representantes al grito de ¡Viva la nacion!

Les fué concedido.

Al pasar por delante de los bancos de la Gironda, ocupados solo por Vergniaud y por Jacobo Merey, ambos se levantaron y cruzaron los brazos en señal de reto.

Aquella noche, la noche del 10 al 11 de Marzo, la Convencion, sin ejército, ni dinero, ni fuerza moral, ni unidad para asegurar su existencia, creó ese fantasma sangriento que espanta á la Europa desde hace un siglo, y que ha hecho no se comprenda la revolucion.

¡El terror!

Se le habia invocado armado con una cuchilla contra Paris; Paris lo devolvió al mundo armado con una hacha.

El ejército, vencido, no por la lucha ni los combates, sino por la duda y el cansancio; el ejército, desmoralizado y huyendo ante el enemigo, volvió á Francia para entregar á Francia.

Vió el terror en la frontera, se detuvo é hizo frente al enemigo. Aquel ejército era lo que quedaba de la república. Nada podia enviar á Lyon, nada á Nantes.

Apenas eran suficientes los voluntarios para contener á Bélgica, que se escapaba.

Enviaron á Bélgica los voluntarios.

Collot d'Herbois á Lyon, Carrier á Nantes.

Es decir, el terror.

## XXXII.

## Dos hombres de Estado.

La sesion duró hasta el amanecer; Danton, estenuado de fatiga, se habia dormido en su banco, sin que nadie se ocupase en despertarle.

Se hubiera dicho que era un leon dormido á quien nadie osaba acercarse.

Jacobo Merey aguardó á que abandonaran la sala, dió un apretón de manos y se sonrió encogiéndose de hombros con Vergniaud, y despues se dirigió á Danton y le puso una sobre el brazo.

Danton se despertó bruscamente y llevó la mano á su seno, en donde guardaba un puñal.

Aquellos hombres se dormian libres, pero ignoraban si se despertarian prisioneros. Bastaron algunos momentos de reposo para devolver al coloso la fuerza y la confianza.

En cuanto á Jacobo, tenia esa fuerza de los sábios acostumbrados á luchar con el sueño.

Merey tomó el brazo de Danton y salió con él de la Convencion.

En el corredor encontraron á Marat, quien hablaba con Panis.

Al ver á Danton, se dirigió hácia él, lanzó una mirada de odio sobre Jacobo Merey, dijo algunas palabras al oido de Danton y se alejó.

—¡Uf! hizo Danton con profunda repugnancia. ¡Sangre! ¡Miserable! ¡Siempre sangre! ¡Sólo necesita sangre! Salgamos de aquí; la mayor parte de esos hombres me causan lástima ó bien horror; tengo necesidad de respirar un aire más puro.

Y condujo á Jacobo al jardin de Tullerías.